



Jack London

El Pagano



E LEJANDRIA



Jack London

El Pagano



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PAGANO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1910

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: THE MACMILLAN COMPANY, NEW YORK

TRADUCTOR: ELEJANDRIA

EL PAGANO

Lo conocí en un huracán; y aunque habíamos pasado juntos por el huracán en la misma goleta, no fue hasta que la goleta se hizo pedazos bajo nuestros pies que le puse los ojos encima por primera vez. Sin duda lo había visto con el resto de la tripulación canaca a bordo, pero no había sido conscientemente consciente de su existencia, pues la Petite Jeanne estaba bastante abarrotada. Además de sus ocho o diez marineros canacas, su capitán, piloto y sobrecargo blancos, y sus seis pasajeros de camarote, zarpó de Rangiroa con algo así como ochenta y cinco pasajeros de cubierta — paumotanos y tahitianos, hombres, mujeres y niños, cada uno con su cajón de mercaderías, por no hablar de esteras para dormir, mantas y fardos de ropa.

La temporada de pesca de perlas en las Paumotu había terminado, y todos regresaban a Tahití. Los seis pasajeros de camarote éramos compradores de perlas. Dos eran estadounidenses, uno era Ah Choon (el chino más blanco que he conocido), uno era alemán, otro un judío polaco, y yo completaba la media docena.

Había sido una temporada próspera. Ninguno de nosotros tenía motivo de queja, ni tampoco ninguno de los ochenta y cinco pasajeros de cubierta. A todos les había ido bien, y todos esperaban un descanso y buenos momentos en Papeete.

Por supuesto, la Petite Jeanne estaba sobrecargada. Solo tenía setenta toneladas, y no tenía derecho a llevar ni una décima parte de la multitud que llevaba a bordo. Bajo sus escotillas estaba

abarrota y atestada de conchas de perla y copra. Incluso el camarote de comercio estaba repleto de conchas. Era un milagro que los marineros pudieran maniobrarla. No había forma de moverse por las cubiertas. Simplemente trepaban de un lado a otro por las barandillas.

Por la noche, caminaban sobre los durmientes, que alfombraban la cubierta, lo juraría, a dos niveles. ¡Ah! Y había cerdos y gallinas en cubierta, y sacos de ñames, mientras que cada lugar concebible estaba adornado con ristras de cocos para beber y racimos de plátanos. A ambos lados, entre los obenques de proa y de mesana, se habían tendido guías, lo suficientemente bajas como para que la botavara de trinquete pudiera pasar sin obstáculos; y de cada una de estas guías colgaban al menos cincuenta racimos de plátanos.

Prometía ser una travesía desordenada, incluso si la hacíamos en los dos o tres días que habrían sido necesarios si los vientos alisios del sudeste hubieran soplado con fuerza. Pero no soplaban con fuerza. Después de las primeras cinco horas, el viento amainó en una docena de ráfagas jadeantes. La calma continuó toda esa noche y al día siguiente: una de esas calmas deslumbrantes y vidriosas, en las que el solo pensamiento de abrir los ojos para mirarla es suficiente para causar dolor de cabeza.

Al segundo día murió un hombre, un isleño de Pascua, uno de los mejores buceadores de esa temporada en la laguna. Viruela, eso es lo que era; aunque cómo pudo llegar la viruela a bordo, cuando no se conocían casos en tierra al salir de Rangiroa, es algo que me supera. Pero allí estaba: viruela, un hombre muerto y otros tres postrados.

No había nada que hacer. No podíamos aislar a los enfermos, ni podíamos cuidarlos. Estábamos apretados como sardinas. No había nada que hacer sino pudrirse y morir; es decir, no había nada que hacer después de la noche que siguió a la primera muerte. Esa noche, el piloto, el sobrecargo, el judío polaco y cuatro buceadores nativos se escaparon en el gran bote ballenero. Nunca más se supo

de ellos. Por la mañana, el capitán echó a pique sin demora los botes restantes, y allí nos quedamos.

Ese día hubo dos muertes; al día siguiente, tres; luego saltó a ocho. Era curioso ver cómo lo tomábamos. Los nativos, por ejemplo, cayeron en un estado de miedo mudo y estoico. El capitán — Oudouse se llamaba, un francés— se puso muy nervioso y locuaz. De hecho, le dieron tics. Era un hombre grande y carnoso, que pesaba al menos doscientas libras, y rápidamente se convirtió en una fiel representación de una temblorosa montaña de grasa gelatinosa.

El alemán, los dos estadounidenses y yo compramos todo el whisky escocés y procedimos a mantenernos borrachos. La teoría era hermosa: a saber, si nos manteníamos empapados en alcohol, cada germen de viruela que entrara en contacto con nosotros sería inmediatamente carbonizado hasta convertirse en cenizas. Y la teoría funcionó, aunque debo confesar que ni el capitán Oudouse ni Ah Choon fueron atacados por la enfermedad. El francés no bebía en absoluto, mientras que Ah Choon se limitaba a una copa diaria.

Fueron tiempos bonitos. El sol, entrando en declinación norte, estaba directamente sobre nuestras cabezas. No había viento, excepto por chubascos frecuentes, que soplaban con furia durante cinco minutos a media hora, y terminaban por anegarnos de lluvia. Después de cada chubasco, el sol terrible volvía a salir, extrayendo nubes de vapor de las cubiertas empapadas.

El vapor no era agradable. Era el vapor de la muerte, cargado con millones y millones de gérmenes. Siempre tomábamos otra copa cuando lo veíamos subir de entre los muertos y moribundos, y usualmente tomábamos dos o tres copas más, mezclándolas excepcionalmente cargadas. Además, establecimos la regla de tomar varias copas adicionales cada vez que arrojaban un muerto a los tiburones que pululaban a nuestro alrededor.

Tuvimos una semana de eso, y luego el whisky se acabó. Es mejor así, o no estaría vivo ahora. Se necesitaba un hombre sobrio para

superar lo que siguió, como estarán de acuerdo cuando mencione el pequeño hecho de que solo dos hombres lo lograron. El otro hombre era el pagano; al menos, eso fue lo que oí al capitán Oudouse llamarle en el momento en que me percaté por primera vez de la existencia del pagano. Pero volvamos al tema.

Fue al final de la semana, con el whisky agotado y los compradores de perlas sobrios, cuando casualmente eché un vistazo al barómetro que colgaba en la entrada de la cabina. Su registro normal en las Paumotu era de 29,90, y era bastante habitual verlo vacilar entre 29,85 y 30,00, o incluso 30,05; pero verlo como lo vi, por debajo de 29,62, fue suficiente para poner sobrio al comprador de perlas más borracho que jamás haya incinerado microbios de viruela en whisky escocés.

Llamé la atención del capitán Oudouse sobre ello, solo para ser informado de que lo había estado observando bajar durante varias horas. Había poco que hacer, pero ese poco lo hizo muy bien, dadas las circunstancias. Arrió las velas ligeras, se redujo directamente al lienzo de tormenta, extendió líneas de vida y esperó el viento. Su error radicó en lo que hizo después de que llegara el viento. Se puso a la capa con amura de babor, que era lo correcto al sur del Ecuador, si —y ahí estaba el problema— si uno no estaba en la trayectoria directa del huracán.

Estábamos en la trayectoria directa. Podía verlo por el aumento constante del viento y la caída igualmente constante del barómetro. Quería que virara y corriera con el viento por la aleta de babor hasta que el barómetro dejara de caer, y luego se pusiera a la capa. Discutimos hasta que quedó reducido a la histeria, pero no cedió ni un ápice. Lo peor de todo fue que no pude conseguir que el resto de los compradores de perlas me respaldaran. ¿Quién era yo, después de todo, para saber más sobre el mar y sus caminos que un capitán debidamente cualificado? Eso era lo que pensaban, lo sabía.

Por supuesto, el mar se levantó con el viento de manera espantosa; y nunca olvidaré las tres primeras olas que la Petite Jeanne embarcó. Se había apartado de su rumbo, como hacen a

veces los barcos cuando están a la capa, y la primera ola barrió la cubierta por completo. Las líneas de vida eran solo para los fuertes y sanos, y de poco les sirvieron incluso a ellos cuando las mujeres y los niños, los plátanos y los cocos, los cerdos y los cajones de mercaderías, los enfermos y los moribundos, fueron arrastrados en una masa sólida, chillona y gemebunda.

La segunda ola llenó las cubiertas de la Petite Jeanne hasta el nivel de las barandillas; y, mientras su popa se hundía y su proa se lanzaba hacia el cielo, todo el miserable bagaje de vida y equipaje se derramó hacia popa. Era un torrente humano. Venían de cabeza, de pies, de lado, rodando una y otra vez, retorciéndose, serpenteando, contorsionándose y arrugándose. De vez en cuando, uno se agarraba a un puntal o a una cuerda; pero el peso de los cuerpos detrás arrancaba tales agarres.

Observé a un hombre chocar, de frente y de lleno, con la bita de estribor. Su cabeza se partió como un huevo. Vi lo que se avecinaba, salté a la parte superior de la cabina y desde allí a la vela mayor. Ah Choon y uno de los estadounidenses intentaron seguirme, pero yo les llevaba un salto de ventaja. El estadounidense fue arrastrado por la popa como un trozo de paja. Ah Choon se agarró a un radio de la rueda del timón y se balanceó detrás de ella. Pero una robusta vahine (mujer) de Raratonga —debía pesar doscientas cincuenta libras— chocó contra él y le pasó un brazo alrededor del cuello. Él se aferró al timonel canaca con la otra mano; y justo en ese momento la goleta se escoró violentamente a estribor.

El torrente de cuerpos y mar que avanzaba por el pasillo de babor entre la cabina y la barandilla giró bruscamente y se derramó hacia estribor. Allí se fueron —vahine, Ah Choon y timonel; y juro que vi a Ah Choon sonreírme con resignación filosófica mientras superaba la barandilla y se hundía.

La tercera ola —la más grande de las tres— no causó tanto daño. Para cuando llegó, casi todo el mundo estaba en la jarcia. En cubierta, tal vez una docena de desgraciados jadeantes, medio ahogados y medio aturdidos, rodaban o intentaban arrastrarse a un

lugar seguro. Cayeron por la borda, al igual que los restos de los dos botes que quedaban. Los otros compradores de perlas y yo, entre ola y ola, logramos meter a unas quince mujeres y niños en la cabina y cerrar las escotillas. De poco les sirvió a las pobres criaturas al final.

¿Viento? Con toda mi experiencia, no habría creído posible que el viento soplara como lo hizo. No hay forma de describirlo. ¿Cómo se puede describir una pesadilla? Era lo mismo con ese viento. Nos arrancó la ropa del cuerpo. Digo que nos la arrancó, y lo digo en serio. No les pido que me crean. Simplemente estoy contando algo que vi y sentí. Hay veces que ni yo mismo lo creo. Lo viví, y eso es suficiente. Uno no podía enfrentarse a ese viento y vivir. Era una cosa monstruosa, y lo más monstruoso de todo era que aumentaba y continuaba aumentando.

Imaginen incontables millones y miles de millones de toneladas de arena. Imaginen esta arena rasgando el aire a noventa, cien, ciento veinte o cualquier otra cantidad de millas por hora. Imaginen, además, que esta arena es invisible, impalpable, pero que retiene todo el peso y la densidad de la arena. Hagan todo esto, y podrán tener una vaga idea de cómo era ese viento.

Quizás la arena no sea la comparación correcta. Considérenlo barro, invisible, impalpable, pero pesado como el barro. No, va más allá de eso. Consideren cada molécula de aire como un banco de barro en sí misma. Luego intenten imaginar el impacto multitudinario de los bancos de barro. No; es algo que me supera. El lenguaje puede ser adecuado para expresar las condiciones ordinarias de la vida, pero no puede expresar ninguna de las condiciones de una ráfaga de viento tan enorme. Hubiera sido mejor si me hubiera atendido a mi intención original de no intentar una descripción.

Diré esto: el mar, que al principio se había levantado, fue abatido por ese viento. Más aún: parecía como si todo el océano hubiera sido absorbido por las fauces del huracán y arrojado a través de esa porción del espacio que previamente había sido ocupada por el aire.

Por supuesto, nuestro velamen había desaparecido mucho antes. Pero el capitán Oudouse tenía en la Petite Jeanne algo que nunca antes había visto en una goleta de los Mares del Sur: un ancla de capa. Era una bolsa cónica de lona, cuya boca se mantenía abierta por un enorme aro de hierro. El ancla de capa estaba embridada como una cometa, de modo que mordía el agua como una cometa muerde el aire, pero con una diferencia. El ancla de capa permanecía justo debajo de la superficie del océano en posición perpendicular. Una larga estacha, a su vez, la conectaba con la goleta. Como resultado, la Petite Jeanne capeaba proa al viento y al poco mar que había.

La situación realmente habría sido favorable si no hubiéramos estado en la trayectoria de la tormenta. Ciertamente es que el viento mismo arrancó nuestro velamen de las tomaduras, arrancó nuestros masteleros e hizo un revoltijo de nuestra jarcia de labor, pero aun así habríamos salido bien parados si no hubiéramos estado justo en frente del centro de la tormenta que avanzaba. Eso fue lo que nos sentenció. Yo estaba en un estado de colapso aturdido, entumecido y paralizado por soportar el impacto del viento, y creo que estaba a punto de rendirme y morir cuando el centro nos golpeó. El golpe que recibimos fue una calma absoluta. No había ni una brizna de aire. El efecto en uno era nauseabundo.

Recuerden que durante horas habíamos estado bajo una tensión muscular terrible, resistiendo la espantosa presión de ese viento. Y entonces, de repente, la presión desapareció. Sé que sentí como si estuviera a punto de expandirme, de desintegrarme en todas direcciones. Parecía como si cada átomo que componía mi cuerpo repeliera a todos los demás átomos y estuviera a punto de precipitarse irresistiblemente al espacio. Pero eso solo duró un momento. La destrucción estaba sobre nosotros.

En ausencia del viento y la presión, el mar se levantó. Saltó, brincó, se elevó directamente hacia las nubes. Recuerden, desde todos los puntos de la brújula, ese viento inconcebible soplaba hacia el centro de la calma. El resultado fue que las olas surgieron de

todos los puntos de la brújula. No había viento que las contuviera. Saltaban como corchos liberados del fondo de un cubo de agua. No tenían sistema, ni estabilidad. Eran olas huecas, demenciales. Tenían al menos ochenta pies de altura. No eran olas en absoluto. No se parecían a ningún mar que un hombre hubiera visto jamás.

Eran salpicaduras, monstruosas salpicaduras, eso es todo. Salpicaduras de ochenta pies de altura. ¡Ochenta! Eran más de ochenta. Pasaban por encima de nuestros toques de mástil. Eran surtidores, explosiones. Estaban borrachas. Caían en cualquier lugar, de cualquier manera. Se empujaban unas a otras; colisionaban. Se precipitaban juntas y se derrumbaban unas sobre otras, o se deshacían como mil cascadas a la vez. No era un océano que ningún hombre hubiera soñado jamás, ese centro de huracán. Era la confusión triplemente confundida. Era anarquía. Era un pozo infernal de agua de mar enloquecida.

¿La Petite Jeanne ? No lo sé. El pagano me dijo después que él tampoco lo sabía. Fue literalmente desgarrada, abierta de par en par, convertida en pulpa, destrozada en leña, aniquilada. Cuando recobré el conocimiento, estaba en el agua, nadando automáticamente, aunque estaba casi dos tercios ahogado. No tenía ningún recuerdo de cómo había llegado allí. Recordaba haber visto a la Petite Jeanne volar en pedazos en lo que debió ser el instante en que mi propia conciencia fue arrancada de mí a golpes. Pero allí estaba yo, sin nada que hacer más que sacar el mejor partido posible, y en ese mejor partido había pocas promesas. El viento soplaba de nuevo, el mar era mucho más pequeño y regular, y supe que había pasado por el centro. Afortunadamente, no había tiburones cerca. El huracán había disipado la horda voraz que había rodeado el barco de la muerte y se había alimentado de los muertos.

Era alrededor del mediodía cuando la Petite Jeanne se hizo pedazos, y debieron pasar unas dos horas cuando me encontré con una de las tapas de sus escotillas. En ese momento caía una lluvia espesa; y fue la más pura casualidad la que nos unió a mí y a la tapa de la escotilla. Un corto trozo de cabo colgaba del asa de

cuerda; y supe que estaba a salvo por un día, al menos, si los tiburones no regresaban. Tres horas más tarde, posiblemente un poco más, pegado a la tapa y con los ojos cerrados, concentrando toda mi alma en la tarea de inspirar suficiente aire para seguir adelante y al mismo tiempo evitar inspirar suficiente agua para ahogarme, me pareció oír voces. La lluvia había cesado, y el viento y el mar amainaban maravillosamente. A no más de veinte pies de mí, en otra tapa de escotilla, estaban el capitán Oudouse y el pagano. Se estaban peleando por la posesión de la tapa; al menos, el francés lo hacía.

— Païen noir ! —le oí gritar, y al mismo tiempo lo vi patear al canaca.

Ahora bien, el capitán Oudouse había perdido toda su ropa, excepto los zapatos, y eran unos borceguíes pesados. Fue un golpe cruel, pues alcanzó al pagano en la boca y en la punta de la barbilla, dejándolo medio aturdido. Esperé que tomara represalias, pero se contentó con nadar desolado a una distancia segura de diez pies. Cada vez que una embestida del mar lo acercaba, el francés, agarrado con las manos, le lanzaba patadas con ambos pies. Además, en el momento de dar cada patada, llamaba al canaca pagano negro.

—¡Por dos céntimos iría hasta ahí y lo ahogaría, bestia blanca! — grité.

La única razón por la que no fui fue que me sentía demasiado cansado. El solo pensamiento del esfuerzo de nadar hasta allí me resultaba nauseabundo. Así que llamé al canaca para que viniera conmigo y procedí a compartir la tapa de la escotilla con él. Otoo, me dijo que se llamaba (pronunciado o-to-o); también me dijo que era nativo de Bora Bora, la más occidental del Grupo de la Sociedad. Como supe después, él había conseguido primero la tapa de la escotilla y, después de un tiempo, al encontrarse con el capitán Oudouse, le había ofrecido compartirla, y había sido expulsado a patadas por su amabilidad.

Y así fue como Otoo y yo nos encontramos por primera vez. No era un luchador. Era todo dulzura y gentileza, un ser adorable, aunque medía casi seis pies de altura y era musculoso como un gladiador. No era un luchador, pero tampoco era un cobarde. Tenía el corazón de un león; y en los años que siguieron lo he visto correr riesgos que yo nunca soñaría con tomar. Lo que quiero decir es que, si bien no era un luchador y siempre evitaba precipitar una pelea, nunca huía de los problemas cuando estos comenzaban. Y era de «icuidado con el arrecife!» una vez que Otoo entraba en acción. Nunca olvidaré lo que le hizo a Bill King. Ocurrió en la Samoa Alemana. Bill King era aclamado como el campeón de peso pesado de la Marina estadounidense. Era un hombre grande y bruto, un verdadero gorila, uno de esos tipos duros y pendencieros, y además hábil con los puños. Él buscó la pelea, y pateó a Otoo dos veces y le golpeó una vez antes de que Otoo sintiera que era necesario luchar. No creo que durara cuatro minutos, al final de los cuales Bill King era el infeliz poseedor de cuatro costillas rotas, un antebrazo fracturado y un omóplato dislocado. Otoo no sabía nada de boxeo científico. Era simplemente un hombre de presa; y Bill King tardó algo así como tres meses en recuperarse de la paliza que recibió esa tarde en la playa de Apia.

Pero me estoy adelantando a mi historia. Compartimos la tapa de la escotilla entre nosotros. Nos turnábamos, uno tumbado sobre la tapa descansando, mientras el otro, sumergido hasta el cuello, simplemente se sostenía con las manos. Durante dos días y dos noches, turno a turno, sobre la tapa y en el agua, derivamos por el océano. Hacia el final, yo deliraba la mayor parte del tiempo; y también hubo momentos en que oí a Otoo balbucear y desvariar en su lengua nativa. Nuestra inmersión continua nos impidió morir de sed, aunque el agua de mar y el sol nos proporcionaron la más bonita combinación imaginable de salmuera y quemaduras solares.

Al final, Otoo me salvó la vida; pues recobré el conocimiento tumbado en la playa a veinte pies del agua, protegido del sol por un par de hojas de cocotero. Nadie más que Otoo podría haberme arrastrado hasta allí y haber clavado las hojas para dar sombra.

Estaba tumbado a mi lado. Me desvanecí de nuevo; y la siguiente vez que volví en mí, era una noche fresca y estrellada, y Otoo me acercaba un coco para beber a los labios.

Éramos los únicos supervivientes de la Petite Jeanne . El capitán Oudouse debió sucumbir al agotamiento, pues varios días después su tapa de escotilla llegó a la orilla sin él. Otoo y yo vivimos con los nativos del atolón durante una semana, cuando fuimos rescatados por el crucero francés y llevados a Tahití. Mientras tanto, sin embargo, habíamos realizado la ceremonia de intercambiar nombres. En los Mares del Sur, tal ceremonia une a dos hombres más estrechamente que la hermandad de sangre. La iniciativa había sido mía; y Otoo se mostró extasiado de alegría cuando se lo sugerí.

—Está bien —dijo, en tahitiano—. Pues hemos sido compañeros durante dos días en los labios de la Muerte.

—Pero la Muerte tartamudeó —sonreí.

—Fue un acto valiente el que hiciste, amo —respondió—, y la Muerte no fue tan vil como para hablar.

—¿Por qué me llamas «amo»? —exigí, con una muestra de sentimientos heridos—. Hemos intercambiado nombres. Para ti soy Otoo. Para mí eres Charley. Y entre tú y yo, por siempre jamás, tú serás Charley, y yo seré Otoo. Es la costumbre. Y cuando muramos, si sucede que volvemos a vivir en algún lugar más allá de las estrellas y el cielo, aun así tú serás Charley para mí, y yo Otoo para ti.

—Sí, amo —respondió, sus ojos luminosos y suaves de alegría.

—¡Ahí vas de nuevo! —grité indignado.

—¿Qué importa lo que mis labios pronuncien? —argumentó—. Son solo mis labios. Pero siempre pensaré Otoo. Siempre que piense en mí mismo, pensaré en ti. Siempre que los hombres me llamen por mi nombre, pensaré en ti. Y más allá del cielo y más allá de las estrellas, siempre y para siempre, tú serás Otoo para mí. ¿Está bien, amo?

Oculté mi sonrisa y respondí que estaba bien.

Nos separamos en Papeete. Yo me quedé en tierra para recuperarme; y él continuó en un cúter hacia su propia isla, Bora Bora. Seis semanas después estaba de vuelta. Me sorprendió, pues me había hablado de su esposa y me había dicho que regresaba con ella y que dejaría de navegar en viajes lejanos.

—¿A dónde vas, amo? —preguntó, después de nuestros primeros saludos.

Me encogí de hombros. Era una pregunta difícil.

—A todo el mundo —fue mi respuesta—, todo el mundo, todo el mar y todas las islas que hay en el mar.

—Iré contigo —dijo simplemente—. Mi esposa ha muerto.

Nunca tuve un hermano; pero por lo que he visto de los hermanos de otros hombres, dudo que algún hombre haya tenido jamás un hermano que fuera para él lo que Otoo fue para mí. Fue hermano, padre y madre a la vez. Y esto lo sé: viví como un hombre más recto y mejor gracias a Otoo. Me importaban poco los demás hombres, pero tenía que vivir rectamente a los ojos de Otoo. Por él no me atrevía a mancharme. Él me hizo su ideal, componiéndome, me temo, principalmente de su propio amor y adoración, y hubo momentos en los que estuve al borde del infierno y me habría precipitado si el pensamiento de Otoo no me hubiera refrenado. Su orgullo en mí se adentró en mí, hasta que se convirtió en una de las reglas principales de mi código personal no hacer nada que disminuyera ese orgullo suyo.

Naturalmente, no descubrí de inmediato cuáles eran sus sentimientos hacia mí. Nunca criticaba, nunca censuraba; y lentamente el exaltado lugar que ocupaba en sus ojos se me hizo evidente, y lentamente llegué a comprender el daño que podía infligirle siendo algo menos que lo mejor de mí.

Durante diecisiete años estuvimos juntos; durante diecisiete años estuvo a mi lado, vigilando mientras dormía, cuidándome en la fiebre

y las heridas... ay, y recibiendo heridas luchando por mí. Se enrolaba en los mismos barcos que yo; y juntos recorrimos el Pacífico desde Hawái hasta Sydney Head, y desde el Estrecho de Torres hasta las Galápagos. Nos dedicamos al blackbirding desde las Nuevas Hébridas y las Islas de la Línea hacia el oeste, a través de las Luisiadas, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Nueva Hanover. Naufragamos tres veces: en las Gilbert, en el grupo de Santa Cruz y en las Fiyi. Y comerciamos y rescatamos pecios dondequiera que un dólar prometiera en forma de perlas y conchas de perla, copra, bêche-de-mer, concha de tortuga carey y naufragios varados.

Comenzó en Papeete, inmediatamente después de su anuncio de que iría conmigo por todo el mar y las islas en medio de él. Había un club en aquellos días en Papeete, donde se reunían los pescadores de perlas, comerciantes, capitanes y la chusma de aventureros de los Mares del Sur. El juego era intenso, y la bebida corría a raudales; y me temo mucho que trasnochaba más de lo conveniente o apropiado. No importaba la hora a la que saliera del club, allí estaba Otoo esperando para acompañarme a casa sano y salvo.

Al principio sonreí; luego lo reprendí. Entonces le dije rotundamente que no necesitaba que me hicieran de niñera. Después de eso no lo vi cuando salí del club. Casualmente, una semana más o menos después, descubrí que todavía me acompañaba a casa, acechando al otro lado de la calle entre las sombras de los mangos. ¿Qué podía hacer? Sé lo que hice.

Insensiblemente comencé a llevar mejores horarios. En las noches húmedas y tormentosas, en medio de la locura y la diversión, el pensamiento de Otoo manteniendo su lúgubre vigilia bajo los mangos goteantes persistía en venir a mí. Verdaderamente, hizo de mí un hombre mejor. Sin embargo, no era un puritano. Y no sabía nada de la moral cristiana común. Toda la gente de Bora Bora era cristiana; pero él era un pagano, el único incrédulo de la isla, un materialista grosero que creía que cuando muriera, estaría muerto. Creía simplemente en el juego limpio y en el trato honrado. La mezquindad insignificante, en su código, era casi tan grave como el

homicidio gratuito; y creo que respetaba más a un asesino que a un hombre dado a las prácticas ruines.

En cuanto a mí personalmente, se oponía a que hiciera cualquier cosa que me perjudicara. El juego estaba bien. Él mismo era un jugador ardiente. Pero las altas horas de la noche, explicó, eran malas para la salud. Había visto a hombres que no se cuidaban morir de fiebre. No era abstemio y agradecía un trago fuerte en cualquier momento cuando había trabajo húmedo en los botes. Por otro lado, creía en el licor con moderación. Había visto a muchos hombres muertos o deshonrados por la ginebra o el whisky.

Otoo siempre tenía mi bienestar en el corazón. Pensaba por mí, sopesaba mis planes y se interesaba más en ellos que yo mismo. Al principio, cuando yo no era consciente de este interés suyo en mis asuntos, tuvo que adivinar mis intenciones, como, por ejemplo, en Papeete, cuando contemplé asociarme con un compatriota bribón en una empresa de guano. Yo no sabía que era un bribón. Tampoco lo sabía ningún hombre blanco en Papeete. Otoo tampoco lo sabía, pero vio lo íntimos que nos estábamos volviendo, y lo averiguó por mí, y sin que yo se lo pidiera. Marineros nativos de los confines de los mares vagan por la playa en Tahití; y Otoo, simplemente sospechando, fue entre ellos hasta que reunió datos suficientes para justificar sus sospechas. Oh, fue una bonita historia, la de Randolph Waters. No pude creerla cuando Otoo me la narró por primera vez; pero cuando se la eché en cara a Waters, se rindió sin un murmullo y se marchó en el primer vapor a Auckland.

Al principio, lo confieso libremente, no pude evitar resentir que Otoo metiera las narices en mis asuntos. Pero sabía que era completamente desinteresado; y pronto tuve que reconocer su sabiduría y discreción. Tenía los ojos siempre abiertos a mi mejor oportunidad, y era a la vez agudo de vista y previsor. Con el tiempo se convirtió en mi consejero, hasta que supo más de mis negocios que yo mismo. Realmente tenía mi interés en el corazón más que yo. La mía era la magnífica despreocupación de la juventud, pues prefería el romance a los dólares, y la aventura a un puesto cómodo

con toda la noche libre. Así que era bueno que tuviera a alguien que cuidara de mí. Sé que si no hubiera sido por Otoo, no estaría aquí hoy.

De numerosos ejemplos, permítanme dar uno. Había tenido alguna experiencia en el blackbirding antes de ir a pescar perlas en las Paumotu. Otoo y yo estábamos en la playa en Samoa — realmente estábamos en la playa y en apuros— cuando se me presentó la oportunidad de ir como reclutador en un bergantín negrero. Otoo se enroló como marinero de proa; y durante los siguientes seis años, en otros tantos barcos, recorrimos las zonas más salvajes de Melanesia. Otoo se encargaba de remar siempre como bogador de boga en mi bote. Nuestra costumbre al reclutar mano de obra era desembarcar al reclutador en la playa. El bote de cobertura siempre esperaba a los remos a varios cientos de pies de la orilla, mientras que el bote del reclutador, también a los remos, se mantenía a flote en el borde de la playa. Cuando yo desembarcaba con mis mercancías de trueque, dejando mi remo de gobierno en posición vertical, Otoo dejaba su puesto de boga y venía a la popa, donde un Winchester yacía listo bajo una solapa de lona. La tripulación del bote también estaba armada, los rifles Snider ocultos bajo solapas de lona que corrían a lo largo de las bordas.

Mientras yo estaba ocupado discutiendo y persuadiendo a los caníbales de cabeza lanuda para que vinieran a trabajar en las plantaciones de Queensland, Otoo vigilaba. Y a menudo su voz baja me advertía de acciones sospechosas y traiciones inminentes. A veces era el disparo rápido de su rifle, derribando a un negro, la primera advertencia que recibía. Y en mi carrera hacia el bote, su mano siempre estaba allí para subirme de un tirón a bordo. Una vez, recuerdo, en Santa Anna, el bote encalló justo cuando comenzaron los problemas. El bote de cobertura se apresuraba en nuestra ayuda, pero la veintena de salvajes nos habría aniquilado antes de que llegara. Otoo dio un salto a tierra, metió ambas manos en las mercancías de trueque y esparció tabaco, cuentas, tomahawks, cuchillos y calicós en todas direcciones.

Esto fue demasiado para las cabezas lanudas. Mientras se peleaban por los tesoros, el bote fue empujado a flote, y estábamos a bordo y a cuarenta pies de distancia. Y conseguí treinta reclutas de esa misma playa en las siguientes cuatro horas.

El caso particular que tengo en mente fue en Malaita, la isla más salvaje de las Salomón orientales. Los nativos habían sido notablemente amistosos; ¿y cómo íbamos a saber que todo el pueblo había estado haciendo una colecta durante más de dos años para comprar la cabeza de un hombre blanco? Los muy granujas son todos cazadores de cabezas, y estiman especialmente la cabeza de un hombre blanco. El tipo que capturara la cabeza recibiría toda la colecta. Como digo, parecían muy amistosos; y ese día yo estaba a unos cien metros playa abajo del bote. Otoo me había advertido; y, como de costumbre cuando no le hacía caso, tuve problemas.

Lo primero que supe fue una nube de lanzas que salió disparada del manglar hacia mí. Al menos una docena se me clavaron. Empecé a correr, pero tropecé con una que tenía clavada en la pantorrilla y caí. Las cabezas lanudas corrieron hacia mí, cada uno con un tomahawk de mango largo y cola de abanico para cortarme la cabeza. Estaban tan ansiosos por el premio que se estorbaron unos a otros. En la confusión, evité varios hachazos arrojándome a derecha e izquierda sobre la arena.

Entonces llegó Otoo, Otoo el hombre de presa. De alguna manera se había hecho con una pesada maza de guerra, y a corta distancia era un arma mucho más eficiente que un rifle. Estaba justo en medio de ellos, de modo que no podían lancearlo, mientras que sus tomahawks parecían peor que inútiles. Luchaba por mí, y estaba en una verdadera furia Berserker. La forma en que manejaba esa maza era asombrosa. Sus cráneos se aplastaban como naranjas pasadas de maduras. No fue hasta que los hizo retroceder, me levantó en sus brazos y empezó a correr, que recibí sus primeras heridas. Llegó al bote con cuatro lanzazos, cogió su Winchester y con él consiguió un hombre por cada disparo. Luego remamos hasta la goleta y nos curamos.

Diecisiete años estuvimos juntos. Él me hizo. Hoy sería un sobrecargo, un reclutador, o un recuerdo, si no hubiera sido por él.

—Tú gastas tu dinero, y sales a buscar más —dijo un día—. Es fácil conseguir dinero ahora. Pero cuando seas viejo, tu dinero se habrá gastado, y no podrás salir a buscar más. Lo sé, amo. He estudiado la forma de los hombres blancos. En las playas hay muchos hombres viejos que una vez fueron jóvenes, y que podían conseguir dinero como tú. Ahora son viejos, y no tienen nada, y esperan a que los jóvenes como tú desembarquen y les inviten a copas.

»El chico negro es un esclavo en las plantaciones. Gana veinte dólares al año. Trabaja duro. El capataz no trabaja duro. Monta a caballo y observa trabajar al chico negro. Gana mil doscientos dólares al año. Yo soy marinero en la goleta. Gano quince dólares al mes. Eso es porque soy un buen marinero. Trabajo duro. El capitán tiene un doble toldo, y bebe cerveza de botellas largas. Nunca le he visto halar un cabo ni tirar de un remo. Gana ciento cincuenta dólares al mes. Yo soy marinero. Él es navegante. Amo, creo que sería muy bueno que supieras de navegación.

Otoo me animó a ello. Navegó conmigo como segundo oficial en mi primera goleta, y estaba mucho más orgulloso de mi mando que yo mismo. Más tarde fue:

—El capitán está bien pagado, amo; pero el barco está a su cargo, y nunca está libre de la carga. Es el armador quien está mejor pagado, el armador que se sienta en tierra con muchos sirvientes y hace girar su dinero.

—Cierto, pero una goleta cuesta cinco mil dólares, y una goleta vieja —objeté—. Seré un hombre viejo antes de que ahorre cinco mil dólares.

—Hay caminos cortos para que los hombres blancos hagan dinero —continuó, señalando a la playa bordeada de cocoteros.

Estábamos en las Salomón en ese momento, recogiendo un cargamento de nueces de marfil a lo largo de la costa este de

Guadalcanal.

—Entre la desembocadura de este río y la siguiente hay dos millas —dijo—. La tierra llana se extiende muy hacia el interior. Ahora no vale nada. El año que viene, ¿quién sabe?, o el siguiente, los hombres pagarán mucho dinero por esa tierra. El anclaje es bueno. Grandes vapores pueden atracar muy cerca. Puedes comprar la tierra a cuatro millas de profundidad del viejo jefe por diez mil barritas de tabaco, diez botellas de ginebra y un Snider, lo que te costará, tal vez, cien dólares. Luego registras la escritura con el comisionado; y al año siguiente, o al siguiente, vendes y te conviertes en el dueño de un barco.

Seguí su consejo, y sus palabras se hicieron realidad, aunque en tres años, en lugar de dos. Luego vino el negocio de las praderas en Guadalcanal: veinte mil acres, en un arrendamiento gubernamental de novecientos noventa y nueve años por una suma nominal. Fui dueño del arrendamiento durante exactamente noventa días, cuando lo vendí a una compañía por media fortuna. Siempre era Otoo quien miraba hacia adelante y veía la oportunidad. Fue responsable del salvamento del Doncaster , comprado en subasta por cien libras, y que produjo tres mil de beneficio después de pagar todos los gastos. Me guio en la plantación de Savaii y en la empresa de cacao en Upolu.

Ya no navegábamos tanto como en los viejos tiempos. Yo estaba demasiado bien posicionado. Me casé, y mi nivel de vida subió; pero Otoo siguió siendo el mismo Otoo de siempre, moviéndose por la casa o deambulando por la oficina, con su pipa de madera en la boca, una camiseta de un chelín en la espalda y un lava-lava de cuatro chelines alrededor de sus lomos. No podía conseguir que gastara dinero. No había forma de pagarle excepto con amor, y Dios sabe que lo recibió en abundancia de todos nosotros. Los niños lo adoraban; y si hubiera sido posible mimarlo, mi esposa seguramente habría sido su perdición.

¡Los niños! Él fue realmente quien les mostró el camino de sus pies en el mundo práctico. Empezó enseñándoles a caminar. Se

quedaba despierto con ellos cuando estaban enfermos. Uno por uno, cuando apenas eran unos infantes, los llevó a la laguna y los convirtió en anfibios. Les enseñó más de lo que yo jamás supe sobre las costumbres de los peces y las formas de pescarlos. En el monte fue lo mismo. A los siete años, Tom sabía más de supervivencia en el bosque de lo que yo jamás soñé que existiera. A los seis, Mary se deslizó por la Roca Deslizante sin un temblor, y he visto a hombres fuertes vacilar ante esa hazaña. Y cuando Frank acababa de cumplir seis años, podía sacar chelines del fondo a tres brazas.

—A mi gente en Bora Bora no le gustan los paganos —son todos cristianos; y a mí no me gustan los cristianos de Bora Bora —dijo un día, cuando yo, con la idea de hacerle gastar algo del dinero que legítimamente era suyo, había estado tratando de persuadirlo para que visitara su propia isla en una de nuestras goletas, un viaje especial que esperaba convertir en un récord en materia de gastos pródigos.

Digo una de nuestras goletas, aunque legalmente en ese momento me pertenecían a mí. Luché mucho con él para que entráramos en sociedad.

—Hemos sido socios desde el día en que la Petite Jeanne se hundió —dijo al fin—. Pero si tu corazón así lo desea, entonces nos haremos socios por ley. No tengo trabajo que hacer, pero mis gastos son grandes. Bebo, como y fumo en abundancia, cuesta mucho, lo sé. No pago por jugar al billar, porque juego en tu mesa; pero aun así el dinero se va. Pescar en el arrecife es solo un placer de ricos. El coste de los anzuelos y el sedal de algodón es escandaloso. Sí; es necesario que seamos socios por ley. Necesito el dinero. Lo conseguiré del jefe de contabilidad en la oficina.

Así que se redactaron y registraron los papeles. Un año después me vi obligado a quejarme.

—Charley —dije—, eres un viejo fraude malvado, un avaro tacaño, un miserable cangrejo de tierra. Mira, tu parte del año en toda nuestra sociedad ha sido de miles de dólares. El jefe de contabilidad

me ha dado este papel. Dice que en el año has retirado exactamente ochenta y siete dólares y veinte centavos.

—¿Se me debe algo? —preguntó ansiosamente.

—Te digo que miles y miles —respondí.

Su rostro se iluminó, como con un inmenso alivio.

—Está bien —dijo—. Asegúrate de que el jefe de contabilidad lleve bien la cuenta. Cuando lo quiera, lo querré, y no debe faltar ni un céntimo.

»Si falta —añadió ferozmente, después de una pausa—, debe salir del sueldo del contable.

Y todo el tiempo, como supe después, su testamento, redactado por Carruthers y haciéndome único beneficiario, yacía en la caja fuerte del cónsul estadounidense.

Pero el final llegó, como el final debe llegar a todas las asociaciones humanas.

Ocurrió en las Salomón, donde habíamos hecho nuestro trabajo más salvaje en los salvajes días de juventud, y donde estábamos una vez más, principalmente de vacaciones, incidentalmente para cuidar nuestras propiedades en la isla de Florida y para examinar las posibilidades perlíferas del Paso de Mboli. Estábamos anclados en Savo, habiendo entrado para comerciar con curiosidades.

Ahora bien, Savo está lleno de tiburones. La costumbre de las cabezas lanudas de enterrar a sus muertos en el mar no tendía a disuadir a los tiburones de hacer de las aguas adyacentes su lugar de reunión. Tuve la mala suerte de estar subiendo a bordo en una diminuta y sobrecargada canoa nativa, cuando la cosa volcó. Había cuatro cabezas lanudas y yo en ella, o más bien, aferrados a ella. La goleta estaba a cien yardas de distancia. Justo estaba pidiendo a gritos un bote cuando una de las cabezas lanudas empezó a chillar. Agarrado al extremo de la canoa, tanto él como esa porción de la canoa fueron arrastrados bajo el agua varias veces. Luego soltó su agarre y desapareció. Un tiburón se lo había llevado.

Los tres negros restantes intentaron salir del agua y subirse al fondo de la canoa. Grité, maldije y golpeé al más cercano con el puño, pero fue inútil. Estaban en un pánico ciego. La canoa apenas habría podido soportar a uno de ellos. Bajo los tres, se levantó y rodó de lado, arrojándolos de nuevo al agua.

Abandoné la canoa y empecé a nadar hacia la goleta, esperando ser recogido por el bote antes de llegar. Uno de los negros eligió venir conmigo, y nadamos en silencio, lado a lado, metiendo de vez en cuando la cara en el agua y oteando en busca de tiburones. Los gritos del hombre que se quedó junto a la canoa nos informaron de que había sido capturado. Estaba mirando en el agua cuando vi pasar un gran tiburón directamente debajo de mí. Tenía al menos dieciséis pies de largo. Vi todo el asunto. Agarró a la cabeza lanuda por la mitad, y allá se fue, el pobre diablo, con la cabeza, los hombros y los brazos fuera del agua todo el tiempo, chillando de una manera desgarradora. Fue transportado de esta manera durante varios cientos de pies, cuando fue arrastrado bajo la superficie.

Seguí nadando obstinadamente, esperando que ese fuera el último tiburón suelto. Pero había otro. Si era uno de los que había atacado a los nativos antes, o si era uno que había comido bien en otro lugar, no lo sé. En cualquier caso, no tenía tanta prisa como los otros. Ya no podía nadar tan rápido, pues gran parte de mi esfuerzo se dedicaba a seguirle la pista. Lo estaba observando cuando hizo su primer ataque. Por suerte, le puse ambas manos en el hocico y, aunque su impulso casi me hundió, logré mantenerlo a raya. Se desvió y comenzó a dar vueltas de nuevo. Una segunda vez escapé de él con la misma maniobra. La tercera embestida fue un fallo por ambas partes. Se desvió en el momento en que mis manos debían haber aterrizado en su hocico, pero su piel de lija (llevaba una camiseta sin mangas) me arrancó la piel de un brazo desde el codo hasta el hombro.

Para entonces estaba agotado y perdí la esperanza. La goleta todavía estaba a doscientos pies de distancia. Tenía la cara en el

agua y lo estaba observando maniobrar para otro intento, cuando vi un cuerpo moreno pasar entre nosotros. Era Otoo.

—¡Nade hacia la goleta, amo! —dijo. Y habló alegremente, como si el asunto fuera una simple broma—. Conozco a los tiburones. El tiburón es mi hermano.

Obedecí, nadando lentamente, mientras Otoo nadaba a mi alrededor, manteniéndose siempre entre el tiburón y yo, frustrando sus embestidas y animándome.

—El aparejo del pescante se rompió y están aparejando las drizas —explicó, un minuto más o menos después, y luego se sumergió para interceptar otro ataque.

Para cuando la goleta estaba a treinta pies de distancia, yo estaba casi acabado. Apenas podía moverme. Nos lanzaban cabos desde a bordo, pero continuamente se quedaban cortos. El tiburón, al ver que no recibía daño, se había vuelto más audaz. Varias veces casi me atrapa, pero cada vez Otoo estaba allí justo el momento antes de que fuera demasiado tarde. Por supuesto, Otoo podría haberse salvado en cualquier momento. Pero se quedó a mi lado.

—¡Adiós, Charley! ¡Estoy acabado! —apenas logré jadear.

Sabía que el final había llegado, y que al momento siguiente levantaría las manos y me hundiría.

Pero Otoo se rio en mi cara, diciendo:

—¡Te mostraré un nuevo truco. Haré que ese tiburón se sienta mal!

Se dejó caer detrás de mí, donde el tiburón se preparaba para atacarme.

—¡Un poco más a la izquierda! —gritó a continuación—. ¡Hay un cabo ahí en el agua. A la izquierda, amo, a la izquierda!

Cambié mi rumbo y me lancé a ciegas. Para entonces apenas estaba consciente. Cuando mi mano se cerró sobre el cabo, oí una exclamación desde a bordo. Me volví y miré. No había ni rastro de

Otoo. Al instante siguiente rompió la superficie. Ambas manos estaban cortadas a la altura de la muñeca, los muñones chorreando sangre.

—¡Otoo! —llamó suavemente. Y pude ver en su mirada el amor que vibraba en su voz.

Entonces, y solo entonces, al final de todos nuestros años, me llamó por ese nombre.

—¡Adiós, Otoo! —llamó.

Luego fue arrastrado bajo el agua, y a mí me subieron a bordo, donde me desmayé en los brazos del capitán.

Y así pasó Otoo, que me salvó y me hizo un hombre, y que me salvó al final. Nos encontramos en las fauces de un huracán, y nos separamos en las fauces de un tiburón, con diecisiete años intermedios de camaradería, cuya semejanza me atrevo a afirmar que nunca ha ocurrido entre dos hombres, uno moreno y el otro blanco. Si Jehová desde su trono celestial vigila la caída de cada gorrión, no el menor en su reino será Otoo, el único pagano de Bora Bora.

FIN

1. [El pagano - Jack London](#)
1. [El pagano - Jack London](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB